

Causalidad e indeterminismo en la acción humana. Reflexiones sobre causas y razones

*Causality and Indeterminism in Human Action. Reflections on
Causes and Reasons*

Rafaela GARCÍA ELSKAMP

Centro de Investigación de Filosofía de la Ciencia y la Tecnología,
UDC, España
rgelskamp@gmail.com

Recibido: 22/01/2020. Revisado: 05/02/2020. Aceptado: 15/02/2020

Resumen

Para explicar el origen de la acción humana, uno de los ejes temáticos es el estudio de la “causalidad” y su compatibilidad con el indeterminismo. La existencia de regularidades en las Ciencias Sociales solo puede explicarse reconociendo las regularidades que subyacen a las acciones humanas. Una acción es el resultado de un proceso de toma de decisiones, que tiene una intención de partida. Esta intencionalidad es lo que impone a la acción su regularidad y al mismo tiempo su singularidad. Las acciones reflejan en su estructura nuestro ser racional, que es libre, y también nuestro ser cultural: cada acción es el reflejo de las condiciones histórico-culturales que la hacen predecible. Al analizar una acción, los elementos que llevan aquí a formular una intención son “causas” de la acción; las “causas” ya no se ejercen como tales cuando, al menos, están dominadas intelectualmente. Entonces la fuerza que ejercen sobre el individuo concreto disminuye, por lo que ahora se consideran “razones”.

En el contexto actual de la causalidad, donde Woodward tiene un papel influyente, este artículo considera la concepción de Tuomela sobre la formación de la acción social, el análisis de Salmon sobre la causalidad y la caracterización de intención de Anscombe.

Palabras clave: regularidades; explicación; intención; acción social; causas.

Abstract

When explaining the origin of human action, one of the thematic axes is the study of “causality” and its compatibility with indeterminism. The existence of regularities in the field of social sciences can only be explainable by acknowledging the regularities that underlie human actions. An action is the result of a decision-making process, which has a starting intention. This intentionality is what imposes on the action its regularity and at the same time its singularity. Actions reflect in their structure our rational being, which is therefore free, and also our cultural being: each action is the reflection of historical-cultural conditions that make it predictable. In the analysis of an action, all the elements that lead here to formulate an intention are “causes” of the action; the “causes” no longer exercise as such when, at least, they are dominated intellectually. In this case, the force they exert on the concrete individual decreases, so they are now considered as “reasons”.

Within the current context of causality, where Woodward has an influential role, this article considers the conception of Tuomela on the formation of the social action, Salmon’s analysis of causality, and Anscombe’s characterization of intention.

Keywords: regularities; explanation; intention; social action; causes.

1. Marco teórico

Para abordar los problemas sobre libertad y determinismo en las Ciencias Humanas y Sociales, uno de los ejes temáticos es el estudio de la “causalidad” y su compatibilidad con el indeterminismo. Es un asunto que presenta diversas vertientes en su marco teórico. Así, está el problema de la causalidad, que ha recibido gran atención en las últimas décadas —en gran medida, debido al impacto de libros como *Making Things Happen* de James Woodward (2003)—, de modo que se han desarrollado concepciones de muy diverso tipo acerca de la causalidad, con numerosas publicaciones al respecto (cfr. González, 2018a)¹. Son investigaciones que, habitualmente, conectan con la Psicología como Ciencia especial y la caracterización del sujeto psicológico (González, 2018b).

La causalidad tiene, además, un indudable protagonismo tanto para la explicación científica, en general, como para las explicaciones científicas en Ciencias Humanas y Sociales, en particular. Dentro de este segundo caso se encuentran las aportaciones que ha desarrollado Merrilee H. Salmon, apoyadas frecuentemente en las propuestas lógico-metodológicas de Wesley C. Salmon respecto de

¹ La bibliografía de carácter general sobre la causalidad, junto con los trabajos que analizan la concepción de Woodward, está en las páginas 67-70 de González (2018a). Las publicaciones del propio Woodward, frecuentemente centradas en la caracterización de la causalidad, se encuentra en las páginas 59-66 de González (2018a).

las explicaciones científicas. De manera expresa, M. H. Salmon (2002; 2003) se ha interesado por la explicación científica de índole causal en Ciencias Sociales. Asimismo, ha estado atenta a las cuestiones relacionadas con el indeterminismo en este ámbito temático. Lo ha hecho dentro del contexto de la contraposición entre los dos principales enfoques epistemológico-metodológicos en liza en este terreno: los naturalistas y los interpretacionistas (M. H. Salmon, 1992).

Pero la relación entre la causalidad y el indeterminismo, para indagar en la posible compatibilidad filosófico-metodológica entre ambos, es algo que también atañe de modo directo al problema de la predicción científica. Así, el nexo entre causalidad y mayor grado de predictibilidad y la asociación del indeterminismo con dificultades para el acierto predictivo plantean cuestiones que, desde un punto de vista general, ponen de relieve pensadores como Nicholas Rescher (1998).

Son cuestiones que asimismo se han tratado desde la perspectiva de las Ciencias Humanas y Sociales, como se aprecia en el trabajo de diversos Premio Nobel de Economía, entre los que se encuentran Herbert Simon² y Clive Granger³. A este respecto, Rescher criticó a Simon por intentar reducir la causalidad a una visión puramente matemática (Rescher, 1953). Esto motivó una réplica por parte del segundo (Simon, 1955), que llevó años después a un artículo conjunto sobre el tema, buscando puntos comunes sobre causalidad (Simon y Rescher, 1966).

Ciertamente los problemas sobre causalidad e indeterminismo requieren un marco filosófico-metodológico claro para las Ciencias Humanas y Sociales. A mi juicio, esto requiere tener en cuenta expresamente aspectos relacionados con el lenguaje de acción y reflejar asimismo componentes ontológicos asociados a la actividad humana, además de considerar factores epistemológicos y metodológicos (sobre los que insisten los autores hasta ahora mencionados)⁴.

El planteamiento que veo más adecuado viene dado por el enfoque de estas disciplinas como “Ciencias de la acción”. Esta línea de trabajo conecta con diversas líneas de pensamiento contemporáneo. Entre ellas están las contribuciones autores wittgensteinianos (Gertude Elizabeth Margaret Anscombe, Peter Winch, etc.), las aportaciones de filósofos analíticos finlandeses (como Georg Henrik von Wright o Raimo Tuomela), y ciertos planteamientos de carácter hermenéutico (como los desarrollados por Karl Otto Apel).

En la medida en que, para entender las Ciencias Humanas y Sociales, se insiste en el papel de la acción humana —individual y social— parece problemático

² El Premio Nobel en Economía de 1978 publicó sobre este tema diversos trabajos: Simon (1952) y Simon (1953).

³ Clive Granger, Premio Nobel en 2002, sobre cuya concepción versan los trabajos reunidos en Engle and White (1999). Pero su enfoque sobre la causalidad tiende a ser más una regularidad matemática que una relación ontológica.

⁴ Véase, a este respecto, el análisis respecto de la Economía, que distingue entre “conducta” y “actividad”, cfr. Gonzalez (2015, 171-199 y 222, nota).

el determinismo de “leyes sociales” (en el sentido de leyes *de* la Historia: algo que siempre se cumple, al modo de las leyes físicas de tipo newtoniano). Pero no se descarta la existencia de “leyes *en* la sociedad” (esto es, regularidades históricas, económicas, sociológicas, etc., cuyo fundamento habría que buscar en la estructura de la acción individual y social).

Se entiende así que los agentes humanos —tanto como individuos como organizados en entidades sociales—, en cada época histórica, puedan presentar unas pautas de acción parecidas, que presenten unos ritmos en el obrar que resultan ser bastante regulares. Sobre esta base ontológica, la acción humana podría ser, al mismo tiempo, dos cosas distintas y complementarias: (i) algo que puede ser reiterable o repetible de modo regular y (ii) un quehacer libre en cuanto al proceso de decisión.

Un agente predecible —como ha señalado Merrilee Salmon (1992)— resulta ser un agente fiable. Esto supone admitir una regularidad en el plano individual, que es fácilmente trasladable al campo de las acciones sociales, cuando se trata del comportamiento de grupos con objetivos bien definidos. Se puede entonces entrelazar ambos niveles —el individual y el social—, pues cabe la originalidad e independencia de nuestro actuar con la constatación de reconocer que, en circunstancias parecidas, otras muchas personas han actuado igual que nosotros⁵.

Al atender a la actuación de cada persona y reflexionar acerca de su origen, Ludwig Wittgenstein planteaba que, “cuando la cadena de razones ha llegado al límite y se sigue haciendo la pregunta por qué, se tiene inclinación a dar una causa en vez de una razón” (Wittgenstein 1978, 15). Así, en el origen de la acción hay una relación entre causas y razones. Pero el modo de entender el término “causa” en este ámbito requiere un análisis más detallado, que implica prestar atención a los rasgos donde la “acción humana” puede tener una vertiente de regularidad.

2. La regularidad de la acción humana

Cabe resaltar que una acción humana no es un simple movimiento. Una acción responde a la *intención* que posee el agente al actuar: estamos ante una acción cuando, al hacer pública la intención que le lleva a actuar, puede el agente “dar razón” de sus actuaciones. En tal caso, como advierte Raimo Tuomela, una acción es un *quehacer observable*: puede desplegarse en una conducta concreta, de índole pública, o bien en la omisión manifiesta de una conducta específica.

⁵ Para Herbert Simon, hay comportamientos sociales como un alto nivel de regularidad y, por tanto, de predictibilidad (p. ej., en el transporte público), hasta el punto de que si se interrumpe esa regularidad (p. ej., con una huelga o un accidente importante) predecir los acontecimientos consiguientes puede ser problemático. Esto enlaza con su visión de la racionalidad de los agentes, especialmente en el caso de la Economía, cfr. González (2003).

Por eso, ve a la acción humana como “una realización que lleva a cabo un agente (o agentes), generalmente un cambio, de modo que tenga un carácter público” (Tuomela, 1985, 80).

Tuomela considera que “una acción humana puede ser considerada como una secuencia de eventos que incluyen unos componentes necesarios: (1) un evento que suscita una actitud propositiva (esto es orientada a fines), activada en función de un motivo; (2) un comportamiento corporal; y (3) un resultado público. En el caso de la acción intencional, la actitud propositiva en cuestión es el intentar (...) del agente” (Tuomela, 1985, 86; véase Tuomela, 1985, 79-110). Planteado así parece resaltarse el carácter *singular* del actuar individual, pero hay simultáneamente una dimensión de *regularidad*, que favorece la posible explicación científica y, en su caso, la predicción.

En primer lugar, la regularidad de las acciones humanas se fundamenta en el hecho objetivo de que responden a la *misma estructura*: toda acción lo es, propiamente, si domino la razón por la que actúo. Esta razón no es otra cosa que la formulación explícita de la intención que me mueve a obrar. Hay así un conjunto de factores internos, de actos mentales, entre los que están los motivos, las creencias, la experiencia acumulada, los deseos, ... También se encuentran los valores propios de cada época (morales, sociales, culturales, ...) que han sido interiorizados.

Para cualquier agente, la estructura interna de la acción —el modo en el que se articulan sus componentes— es básicamente la misma en todos los casos. Incluso en las acciones rutinarias o en aquellas que responden a una demanda, estamos ante una acción si el agente —al ser preguntado por la razón de su actuación— puede explicarla (cfr. von Wright, 1976, 415-435; en especial, 419). Cabe pensar que esta condición es estable si se admite una naturaleza humana o una caracterización ontológica compartida por los seres humanos.

Ciertamente se puede diferenciar la estructura de la acción humana y su contenido. En cierto sentido, toda acción humana tiene la misma estructura: es el resultado de la formulación explícita o implícita de una intención (cfr. Anscombe, 1963; 1968). La intención es un acto mental interno, que está formado por un elenco amplio de actos internos previos de diversa índole —como ya se ha señalado—, que nos impulsan a formularla. En sí misma, la intención no es un acto pasional o irracional, aunque en su origen podamos localizar deseos o motivos que sí lo sean. La formulación de la intención es un acto enteramente racional y la acción humana está íntimamente ligada a una intención⁶.

El segundo elemento que modula la regularidad de nuestras acciones es el *marco socio-histórico*, en cuanto que atañe al contenido de las decisiones. Porque el ser humano no es simplemente un ser natural: es realmente un ser cultural. Así,

⁶ Wittgenstein distinguió en *Philosophische Untersuchungen* entre la acción de señalar un color y la correspondiente a señalar una forma. Se trata de dos acciones claramente diferentes, pero la realidad física a la que están unidas es la misma. Cfr. Wittgenstein (1953).

al tomar decisiones actuamos siguiendo nuestros esquemas cognitivos, que potencialmente son generalizables, en la medida en que se apoyan en una racionalidad (de medios o de fines). En esas decisiones inciden también unas condiciones socio-históricas, de modo que el sistema de valores mayoritariamente aceptado contribuye a una mayor regularidad en nuestras actuaciones.

Si, siguiendo el libro de Raimo Tuomela titulado *The Philosophy of Sociality* (2007), pasamos del plano individual al ámbito social, entonces volvemos sobre la idea según la cual el ser humano actúa en función de un *cometido* (una intención), que se encuentra inserto en un planteamiento racional y está dotado de contenido conceptual. Así, una acción social no es el mero actuar conjunto de varias personas. De hecho, el núcleo fundamental de una práctica social no es considerar que, en circunstancias concretas, los agentes repetirán una acción, sino el conocimiento que los participantes tienen de algo distinto: que una acción concreta va a ser repetida por los miembros de un grupo, si se dan circunstancias concretas (cfr. Tuomela, 2002, 109).

En el caso de la acción grupal hay que hablar de una intención-nuestra o colectiva (*we-intention*). De modo incluso más general, Tuomela defiende la idea según la cual se da la actividad social o de grupo dentro del marco de un *modo-común* o compartido (*we-mode*), que sigue una condición colectiva: el contenido de los fines del grupo son colectivos debido a la aceptación y construcción colectiva de los miembros del grupo, en la medida en que se sienten miembros de ese grupo (cfr. Tuomela, 2007, 48).

Considera Tuomela que la explicación del mundo social sólo se basa en el punto de vista grupal, aquello que los miembros del grupo conocen como una perspectiva “nuestra” compartida. Esta “perspectiva-nuestra” implica fundamentalmente una noción de grupo, un “nosotros”. Esto comporta que aceptamos de modo colectivo los fines del grupo, sus valores, creencias, normas, etc. Es lo que, en otras palabras, denomina el “modo-nuestro”. La intencionalidad resultante del “modo nuestro” es lo genuino, lo más característico de la vida social. La percepción del nosotros está hondamente arraigada en el pensamiento y en la actuación de los seres humanos⁷.

Las *acciones sociales* tienen a veces también un origen individual, pero se puede decir que son sociales en la medida en que se da una perspectiva-común, que es compartida por los miembros del grupo. Este *we-mode* implica esencialmente la

⁷ “This Book argues that the full we-perspective (involving we-mode collective intentionality) is deeply built into the thinking and acting of human beings. It seems to be a coevolutionary adaptation based on both biological and cultural evolution. The theory created in this book at bottom relies on a naturalistic and evolutionary view of the world, thus of the social world” (Tuomela, 2007, Preface).

idea de que estamos ante modos de pensar y actuar como miembros de un grupo. Es la razón-de-grupo la que marca la pauta de actuación. La intencionalidad colectiva resultante es necesaria para entender la vida social⁸.

Hay dos elementos que configuran a la intencionalidad colectiva: a) la obligación colectiva como elemento unificador de la vida social, y b) el “ethos” del grupo, que son los valores constitutivos del grupo como tal, sus normas, tradiciones y fines, que están a la base de las razones que el grupo tiene para actuar en cada contexto concreto.

El acento que se pone sobre el *elemento conceptual* del actuar humano es importante, puesto que es el que ayuda a regularizar nuestras acciones, las hace predecibles y, en consecuencia, las convierte en previsibles dentro de ciertos parámetros. A mi juicio, el elemento conceptual de cualquier actividad humana es central. Se construye y constituye de modo social (cfr. Tuomela, 2002, 76), de modo que sirve para explicar la acción y hace posible una predicción con éxito.

Al proponer que la acción humana se explica a tenor de *causas* no se pretende inducir a pensar que estas causas lo son meramente en el orden del conocimiento —sea ordinario o científico—, sino que se trata de causas en un plano ontológico y con un componente pragmático. Se plantea así la posibilidad señalada por Wesley C. Salmon: “una estructura causal (...) que existe de manera totalmente independiente respecto de nuestro conocimiento o nuestros intereses; no está relativizado epistémicamente. Los enunciados sobre las relaciones entre causas y efectos son, por lo general, altamente selectivos, y habitualmente dependen de un contexto” (W. C. Salmon, 2002a, 153).

3. Causas y razones en el origen de la acción

Que haya “causas”, en sentido estricto, en el ámbito humano y social ha sido cuestionado⁹. También se duda de que podamos tener “causas” en acciones humanas, sean individuales o sociales. Sin embargo, hay observaciones empíricas que permiten hablar de regularidades en las acciones de los individuos —siempre dentro de un determinado contexto social— y, obviamente, cabe hablar de regularidades en las actuaciones de un mismo agente.

Diversos autores, entre ellos W. C. Salmon (2002a), han ofrecido una estructura de la explicación causal que mantiene una cierta reserva sobre su viabilidad

⁸ “Thinking and acting in the we-mode basically amounts to thinking and acting for a group reason, that is, to a group member’s taking the group’s views and commitments as his authoritative reasons for thinking and acting as the group *requires* or in accordance with what *favours* the group” (Tuomela, 2007, 14).

⁹ También se ha cuestionado que la causalidad pueda tener un componente antropomórfico alguno, incluso en concepciones de la causalidad de índole intervencionista, como es el caso de Woodward. Cfr. Woodward (2003, 98).

en el campo de las Ciencias Humanas y Sociales¹⁰. Para este autor en concreto, se puede hablar de conexiones causales cuando se da un “traspaso” de propiedades de un proceso o elemento a otro, sin que ningún elemento adicional ayude a ello (cfr. W. C. Salmon, 2002a, 155).

Para W. C. Salmon, se pueden distinguir dos procesos causales: la “interacción causal” y la “transmisión causal”. Por *interacción causal* se entiende un proceso real en el que se produce un intercambio de rasgos, que cada polo de la intersección conserva durante algún tiempo¹¹. Y se habla de *transmisión causal* cuando un rasgo pasa de A hacia B y se manifiesta en todos los pasos hasta B¹². Lo importante es que se transmita de hecho algún rasgo, alguna propiedad, y que éste se conserve por algún tiempo sin ninguna otra ayuda externa. Se trata, en cualquier caso, de una conexión real y en la medida en que hablamos de acciones humanas, relacionada siempre a un contexto social.

En este sentido, Salmon considera que las afirmaciones de causa-efecto dependen habitualmente —si no siempre— de consideraciones contextuales, lo que supone la presencia de un componente pragmático. Una vez que se ha dado un contexto, podemos determinar —a su juicio— si es correcta o incorrecta una explicación particular.

A pesar de las reservas mencionadas, parece que sí se puede aplicar esta estructura causal al campo de las Ciencias Humanas y Sociales. Así, por ejemplo, está contrastado en términos estadísticos que los hijos varones de padres violentos tienen más posibilidades de ser violentos que otros chicos, a pesar de que ellos mismos han sufrido sus consecuencias. Ver actuaciones violentas en el padre es causa de las actuaciones violentas del hijo, transmite al hijo un modo de ser, un modo de responder ante situaciones inesperadas, de desagrado o rutinarias.

Merrilee H. Salmon, en su intento de aplicar a las Ciencias Humanas y Sociales la explicación causal, señala que “la observación empírica da pie a hablar de ciertas conexiones regulares entre la información sobre las razones individuales (creencias y deseos) y la conducta” (M. H. Salmon, 2002, 161). No es una simple conexión entre un modo de ser y la conducta que se supone que genera, sino más bien entre a) el binomio *modo de ser* más *dominio que de él tenemos* y b) la *propia conducta*.

¹⁰ Sobre este tema, véase también W. C. Salmon (2002b).

¹¹ La interacción causal es “una intersección espaciotemporal de procesos. Una intersección de este tipo cumple los requisitos de la interacción causal si, y sólo si, los procesos que interseccionan llevan a cabo intercambios de cantidades conservadas en el lugar de intersección que —en ausencia de intersecciones adicionales— continúan durante algún tiempo más lejos de ese lugar” (Salmon, 2002a, 155).

¹² Transmisión causal: “una cantidad conservada se transmite entre los puntos A y B en un proceso si, y solo si, está presente en la misma medida en todos los puntos entre A y B, y sólo si, está presente en todos los puntos entre A y B, sin una interacción adicional entre esos puntos” (Salmon, 2002a, 155).

El dominio que el agente tiene sobre su actuación, sea ésta individual o social, lleva a pensar acerca de las predicciones en el campo de las Ciencias Humanas y Sociales como potencialmente imprecisas. Pero sucede que el conocimiento de las acciones lleva a detectar regularidades. Se trata de regularidades estadísticas, que ciertamente son distantes respecto del determinismo (psicológico, sociológico, económico, etc.). Así, se propician las explicaciones de índole probabilística (sean de índole frecuentista, bayesianas o de otro estilo)¹³.

Las causas pueden situarse así en el origen de la acción humana y, obviamente, si se dan, condicionan nuestras actuaciones. “La conducta está conformada a la vez por la psicología de los individuos y por el ambiente, (pero) ninguno de estos factores es inmune al cambio” (M. H. Salmon, 2002, 178). Todos los elementos —incluidos los no conscientes— que se encuentran en el origen de nuestras acciones las condicionan. En este sentido, esos factores pueden ser “causas”, esto es, elementos condicionantes que tienen efectos. Más aún, nos llevan a actuar con frecuencia de un modo fácilmente predecible.

Al dominar los elementos condicionantes que, en términos intelectuales, entendemos como “causas”, pasan a ser llamadas “razones”. Y la fuerza que ejercen sobre nosotros disminuye. Por eso, las causas en Ciencias Humanas y Sociales solamente generan una cierta *regularidad estadística* (una “causalidad probabilística”), pero no se comportan del mismo modo que las causas del ámbito natural, donde su influjo sobre el efecto puede ser necesario (p. ej., en fenómenos biológicos, incluidos los biomédicos).

Se puede afirmar que, en el origen de una acción humana —sea individual o social—, se encuentran “causas” y “razones”. Cuando doy la razón de mi actuación señalo la intención que me ha movido a obrar. Así, al verbalizar la intención, se nombra aquello de lo que somos conscientes: explicitamos el elemento racional de la actuación. Además del elemento racional hay otros muchos. Estos otros componentes influyen poderosamente en la formulación de intenciones y, en este sentido, se denominan “causas”.

Son causas *reales*, puesto que los actos internos previos a la formulación explícita de la intención son reales. Son causas porque imprimen una determinada característica en nuestras acciones, esto es, hacen que las acciones puedan ser vistas como efectos. Así, siguiendo el ejemplo anterior, los rasgos violentos en un hijo son efectos de la educación violenta recibida; al igual que el sentimiento de inferioridad propio de las mujeres que han sufrido violencia de género es el efecto de la convivencia violenta a la que se han visto sometidas.

Ahora bien, en el caso humano, las causas no suponen un determinismo, ya que la relación entre causa y efecto no es necesaria: sólo es probable con un nivel

¹³ Hay una amplia gama de explicaciones probabilísticas, que varían a tenor del tipo de concepción de la probabilidad que se acepte.

estadístico variable. Ciertamente no es una relación necesaria, puesto que las causas al ser explicitadas lo son a modo de razones. En la medida en que pasan a ser “razones”, son dominadas por el individuo.

Más aún, surge la libertad en el agente: cabe la posibilidad real de frenar el influjo que tienen sobre nuestras actuaciones. En esta línea “la posibilidad de explicaciones causales de la conducta humana tiene una enorme significación práctica, como también filosófica, porque el conocimiento de las causas es crucial para modificar la conducta” (M. H. Salmon, 2002, 179); y no solamente la conducta, sino también aquellos deseos y representaciones mentales causantes de determinadas intenciones, que nos llevan a acciones que tal vez no querríamos haber hecho.

A mi juicio, al describir la acción humana —individual o social— podemos estar ante una *interacción causal*. Así, en el caso mencionado, se puede afirmar que, de hecho, hay una propiedad que pasa del padre al hijo y, además, se mantiene en el hijo durante bastante tiempo. Los sentimientos, afectos y experiencias en el caso del chaval educado en un ambiente violento están, en conjunto, impregnados por un modo de responder característico; y estas características se mantienen durante algún tiempo, aunque no de modo necesario ni definitivamente.

Al hablar de *causas* en el campo de las Ciencias Humanas y Sociales se busca un elemento que permita explicar y predecir. El individuo se encuentra sometido a causas desde una doble vertiente: a) interna, que son los actos internos anteriores a la formulación racional de una intención; y b) externa, que son los valores culturales generales del contexto social en el que el agente se encuentra inserto.

Ambas vertientes —la interna y la externa— son sólo probabilísticas, de modo que pueden llegar a ser altamente probables, pero nunca pueden ser “necesarias” (en sentido determinista). En las acciones de grupo, la probabilidad de que ocurra una acción es bastante más segura, debido a que el carácter intersubjetivo (público, por lo tanto) que el modo-común exige a la intención-común que aglutina al grupo.

Causas son entonces aquellos elementos que llevan al agente —sea individual o social— a formular una intención que da lugar a la acción, muchas veces sin tener clara conciencia de ello. Son elementos previos a la actuación, factores coyunturales o estructurales que no se controlan realmente, pero que influyen en la actuación: son aquello que lleva al agente a obrar de modo automático o que permitiría a un buen observador externo predecir la actuación de ese agente. De hecho, las conductas sociales se aprenden en muchas ocasiones de modo no consciente (cfr. M. H. Salmon, 2002, 161-165).

El nexo —la relación que se establece entre estos elementos y la acción— es causal, porque deja una impronta característica en el conjunto de mis acciones. El conocimiento concreto de las causas humanas y sociales es estadístico, y solamente se puede estudiar sobre acciones reiteradas en el tiempo y contextualiza-

das. Gracias al estudio estadístico de tipos de acciones y de los deseos y representaciones mentales verbalizadas y concomitantes a la acción, se puede establecer cuáles son “causas” realmente, dada la impronta que dejan en la acción, y cuáles no.

Poder hablar de “causas” en el ámbito de las Ciencias Humanas y Sociales implica siempre un estudio estadístico fruto de la observación sistemática y, en su caso, de la experimentación. Esto nos permite delimitar causas reales, que se pueden separar de otros rasgos meramente coyunturales. Experimentar y propiciar situaciones artificiales, para buscar qué hecho es *causa* en el campo humano y cómo lo es, puede convertirse en éticamente muy problemático (por ejemplo, ¿se podría aislar un ser humano recién nacido para estudiar cómo le afecta la falta de cariño?).

Entre los *factores que causan* nuestra actuación —y, en la medida en que la causan, obviamente también la explican— están un conjunto de aspectos: (i) los motivos de la actuación¹⁴; (ii) los conocimientos que el agente posee acerca de cómo es el mundo; (iii) los valores interiorizados que caracterizan un época concreta (tanto morales como culturales); (iv) las experiencias previas que han ido marcando al individuo o al grupo casi desde el principio de su existencia; (v) la educación recibida (tanto al nivel de las representaciones mentales como el plano de los sentimientos); y (vi) los deseos (caracterizados como aquello a lo que se aspira con fuerza, o lo que percibimos como posible y accesible a nosotros). Estos elementos no son simplemente el “origen” o principio de una actuación ni la mera “ocasión” que permite en un momento a hacer algo.

Si éste fuese el caso, en el campo humano no percibiríamos ninguna regularidad. Son *causas* porque me llevan a actuar de modo regular, a comportarse del mismo modo —o, al menos, semejante— en circunstancias parecidas. Son causas si analizamos el efecto, el influjo que dejan en el agente. No son una mera “ocasión” para actuar, sino que se da una relación entre estos elementos y las acciones que producen, al igual que se da una interrelación entre los valores culturales de una época y las acciones que las sustentan.

En este sentido, cuando un agente, al ser preguntado por su actuación expone las “razones de su actuación”, realmente lo que recoge son las causas de las que es consciente. Planteado así tal vez estaríamos ante un determinismo del que podemos llegar a ser conscientes. Pero todos nosotros tenemos la experiencia real de que, en cada momento, me cabía la opción de actuar de modo contrario a como lo hice; podría actuar de modo distinto: somos libres, en suma. Nuestras acciones son en rigor libres, aunque realmente sea una libertad condicionada por aquellas causas que me llevan (sin tener yo claramente conciencia de ello) a formular una intención.

¹⁴ “La intención de un hombre es a lo que tiende o elige; su motivo es lo que determina su tendencia o elección” (Anscombe, 1963, 18).

Dentro del ámbito humano y social, al plantear las causas en dependencia de razones, cabe racionalizarlas, de modo que tenemos la oportunidad de frenar el influjo que ejercen sobre nosotros. En la medida en que un agente es consciente de las causas de su actuación, de las causas que le llevan a formular determinadas intenciones, está en condiciones de frenar su impulso y obrar de otra manera.

Sobre esta base es difícil predecir cuál será la actuación concreta del individuo —o del grupo— en un momento dado, aunque la tendencia general de la población sí sea predecible: que es oportuno comprar acciones cuando la bolsa está baja, porque después subirá y habrá beneficios. Pero lo que un inversor particular concreto haga en un momento puntual, no se puede predecir sin margen de error. En suma, cabe causalidad e indeterminismo en la acción humana.

4. Consideraciones finales

Las causas son elementos que están en el origen de la acción humana, sea individual o social. Al verbalizar las causas hablo de “razones”: las razones que me han movido a obrar. Las razones son así “causas” de las que he ido tomando conciencia y, por lo tanto, estoy en disposición de modular. Poder hablar de *causas* en el origen de la acción tiene consecuencias: permite introducir explicaciones causales en el ámbito de estudio de las Ciencias Humanas y Sociales. Entender las causas y poder explicarlas —y el modo en el que afectan a la acción— contribuye tanto a controlar las acciones como a generar una predicción probabilística (cfr. M. H. Salmon, 2002).

Ahora bien, la relación entre la intención y la conducta no es causal. Formulada una intención, no necesariamente surge la acción. Ahora bien, si acontece que, de hecho, se da la acción, hay entonces una intención previa, una razón que la justifica (cfr. Anscombe, 1963, 7-9; véase Bratman, 1990). La relación causal se plantea en la relación entre deseos, creencias, etc., y la intención. Estos elementos internos mueven a formular una intención concreta. Son “causas”, porque modulan nuestro modo de ver el mundo y de actuar. Pero no nos llevan a una explicación determinista del mundo humano, puesto que, en la medida en que soy capaz de hacerlas conscientes, dejan de ser causas y pasan a ser *razones*.

Referencias bibliográficas

- Anscombe, G. Elizabeth M. (1963). *Intention*. Oxford: B. Blackwell.
- Anscombe, G. Elizabeth M. (1968). *Intention*. En Alan R. White (ed.), *The Philosophy of Action*. (pp. 144-152). Oxford: Oxford University Press.
- Apel, Karl Otto (1976). Causal Explanation, Motivational Explanation, and Hermeneutical Understanding. En Gilbert Ryle (ed.), *Contemporary Aspects of Philosophy* (pp. 161-176). Stockfield: Oriel Press.

- Bratman, Michael E. (1990). *Intention, Plans, and Practical Reason*. Cambridge: Harvard University Press.
- Engle, Robert F. y White, Halbert (eds.) (1999). *Cointegration, Causality and Forecasting: A Festschrift in Honour of Clive Granger*. Oxford: Oxford University Press.
- González, Wenceslao J. (2003). Racionalidad y Economía: De la racionalidad de la Economía como Ciencia a la racionalidad de los agentes económicos. En Wenceslao J. González (ed.), *Racionalidad, historicidad y predicción en Herbert A. Simon* (pp. 65-96). A Coruña: Netbiblo.
- Gonzalez, Wenceslao J. (2015). *Philosophico-Methodological Analysis of Prediction and its Role in Economics*. Dordrecht: Springer.
- Gonzalez, Wenceslao J. (2018a). Configuration of Causality and Philosophy of Psychology: An Analysis of Causality as Intervention and its Repercussion for Psychology. En Wenceslao J. Gonzalez (ed.), *Philosophy of Psychology: Causality and Psychological Subject. New Reflections on James Woodward's Contribution* (pp. 21-70). Boston/Berlín: De Gruyter.
- Gonzalez, Wenceslao J. (2018b). New Contributions to Psychology as a Special Science: The Interpretation of Causality and the Characterization of the Psychological Subject. En Wenceslao J. Gonzalez (ed.), *Philosophy of Psychology: Causality and Psychological Subject. New Reflections on James Woodward's Contribution* (pp. 1-17). Boston/Berlín: De Gruyter.
- Rescher, Nicholas (1953). Some Remarks on an Analysis of the Causal Relation. *Journal of Philosophy*, 51, 239-241.
- Rescher, Nicholas (1998). *Predicting the Future*. N. York: State University of New York Press.
- Rescher, Nicholas (1999). *Razón y valores en la Era científico-tecnológica*. Barcelona: Paidós.
- Salmon, Merrilee H. (1992). Philosophy of Social Sciences. En Merrilee Salmon et al., *Introduction to the Philosophy of Science* (pp. 404-425). Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Salmon, Merrilee H. (2002). La explicación causal en Ciencias Sociales. En Wenceslao J. González (ed.), *Diversidad de la explicación científica* (pp. 161-180) Barcelona, Ariel.
- Salmon, Merrilee H. (2003). Causal Explanations of Behavior. *Philosophy of Science*, 70(4), 720-738.
- Salmon, Wesley C. (2002a). La estructura de la explicación causal. En Wenceslao J. González (ed.), *Diversidad de la explicación científica* (pp. 141-159). Barcelona: Ariel.
- Salmon, Wesley C. (2002b). Explicación causal frente a no causal. En Wenceslao J. González (ed.), *Diversidad de la explicación científica* (pp. 97-115). Barcelona: Ariel.

- Simon, Herbert A. (1952). On the Definition of the Causal Relation. *The Journal of Philosophy*, 49(16), 517-528.
- Simon, Herbert A. (1953). Causal Ordering and Identifiability. En William C. Hood y Tjalling C. Koopmans (eds.), *Studies in Econometric Method* (pp. 49-74). New York: J. Wiley.
- Simon, Herbert A. (1955). Further Remarks on the Causal Relation. [Réplica a la reseña de N. Rescher sobre el artículo 'On the Definition of the Causal Relation']. *Journal of Philosophy*, 52(1), 20-21.
- Simon, Herbert A. y Rescher, Nicholas (1966). Cause and counterfactual. *Philosophy of Science*, 33(4), 323-340.
- Sosa, Ernest y Tooley, Michael (eds.) (1993). *Causation*. Oxford: Oxford University Press.
- Tuomela, Raimo (1985). *A Theory of Social Action*. Dordrecht: Reidel.
- Tuomela, Raimo (2002). *The Philosophy of Social Practices*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tuomela, Raimo (2007). *The Philosophy of Sociality: The Shared Point of View*. N. York: Oxford University Press.
- von Wright, Georg Henrik (1976). Determinism and the Study of Man. En Juha Manninen y Raimo Tuomela (eds.), *Essays on Explanation and Understanding* (pp. 415-435). Dordrecht: Reidel.
- Wittgenstein, Ludwig (1978). *The Blue and Brown Books. Preliminary Studies of the 'Philosophical Investigations'*. Oxford: Basil Blackwell.
- Wittgenstein, Ludwig (1953). *Philosophische Untersuchungen*. Oxford: Basil Blackwell.
- Woodward, James F. (2003). *Making Things Happen: A Theory of Causal Explanation*. N. York: Oxford University Press.